

81-3-A-207

Nº 1380

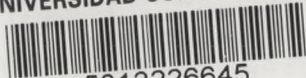
Cajal



a. 2454 (1380)



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5313226645

b 18144871
c 24803728

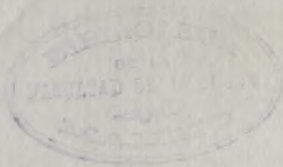
Importancia y utilidad

DE LA

Higiene.

Tesis del doctorado

por



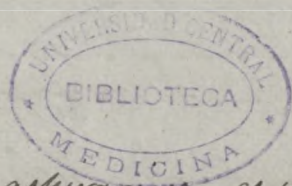
Agustin Ferrer y Costa.

75

1119

Exc̄mo. Sr̄.

Señores.



Toda noble aspiracion es un deber, el
lugarla una satisfaccion. Este principio es causa de
e, con incansable afan, con inquebrantable volun-
d, se siga la senda del progreso, fundado en la
oral y en la ciencia, unicos caminos por don-
llegarse al perfeccionamiento y bienestar de la

humanidad.

Convenido de esta verdad, estimulado por el ejemplo de seres queridos, impulsado por el deseo, alentado por la esperanza, intenté seguir sus huellas que conducen á nuestra aspiracion; difícil el camino, débiles mis fuerzas tal vez no llegue á su termino, pero tendré la satisfaccion de haber puesto el pié en la vía.

Si la voluntad bastara, si el entusiasmo fuera suficiente, venia colmado mi deseo, pero carezco de otras condiciones sin las que es difícil llevar á cabo un trabajo digno de aspirar al último título académico de la profesion, que es lo que constituye actualmente mi deseo.

Abona en mi favor la circunstancia de no tener que cenirme á un obligado tema, lo que no pudiera ser disculpa á la incompetencia en resolverlo, y sin embargo, esta condicion, en apariencia ventajosa, pone en tortura mi inteligencia, y es un escollo para el que versado apenas en los principios generales de la ciencia, haya de cenir su atencion á un asunto que reclama conocimientos especiales.

La única luz que disipa en parte las tinieblas en que me encuentro envuelto, abatido por el temor, es el amor á la ciencia y á la valia de este ilustre Tribunal pues sobradas pruebas tengo ad-

quiridas para abrigar la persuasion, de que la indulgencia es patrimonio de los que mucho valen, y que la benevolencia acompaña a los hombres científicos.

Firmemente seguro de que me la otorgareis, comienzo mi tarea; bien quisiera que fuera digna de vuestra ilustracion; pero escaso en ciencia, pobre en lenguaje no podré ofreceros un trabajo esmerado y completo; el que os presento es un ensayo; carece de verdad y de belleza, es defectuoso, pero os ruego que tal como es lo acepteis en gracia de la sinceridad que me acompaña, y la idea humanitaria que en la eleccion del asunto me anima.

I

La higiene es una poderosa rama de las ciencias medicas que presta tan incalculables beneficios á la humanidad, previniendo muchos males, que el concurso de todas las otras ciencias medicas no pueden curar, vá á formar la materia de mi discurso, y aunque no es mi idea ofrecer en cortas líneas la doctrina de un tratado, sea-me permitido discurrir sobre su importancia y utilidad.

He elegido este tema, por que además de ser interesante, tiene en el dia la ventaja de ser oportuno, puesto que á él corresponden muchas de las reformas que nuestros

país reclama con urgencia, y que siempre han merecido la atención predilecta de la clase médica.

La Higiene, según comunmente se la define, es el arte de conservar la salud, definición inexacta que supone la existencia de un tipo o modelo sanitario, al cual hayan de llegar todos los individuos de la especie humana. Seméjante padrón no existe en la naturaleza. Sabido es que la salud es un estado que varía según las personas, y que en una misma persona varía igualmente según las diferentes circunstancias que obran en ella, sin que ligeras oscilaciones produzcan la enfermedad. Estas diferencias ya se las

estudie en el individuo, ya en la especie, son tan numerosas como sencillas por que la naturaleza se vale siempre de poquísimos elementos para producir las más diversas combinaciones. La química demuestra que con 62 partes de carbono, procedente del ácido carbónico de la atmosfera, y con diferentes proporciones de agua que da el melo, pueden los vegetales formar, y forman en realidad, todos sus principios constitutivos; el almidon, el azúcar, la goma, los elementos tenosos, los ácidos y los alcalinos; en una palabra, todos los elementos de su existencia. La infinita diversidad de los temperamentos y constituciones en el

hombre, corresponden á la variedad de productos orgánicos que las plantas elaboran con el carbono y el agua. Un corto número de sistemas generales combinados en diferentes proporciones para formar la trama de los tejidos, producen las variaciones de la organización que todos conocemos en la familia humana. Si no solamente se encuentran estas variaciones individuales en el conjunto del organismo, sino en cada uno de los principales aparatos de la economía, debido sin duda á las distintas condiciones de estructura que es permitido suponer, aun cuando la anatomía no pueda de-

mostrarlas. Las diferencias en la edad y el sexo, en los temperamentos y en los hábitos, en las pasiones y en la inteligencia; el contraste que se nota en dos individuos completamente sanos, son pruebas irrecusables de semejante aserto.

Ahora bien, si en la naturaleza humana encontramos diferencias de organización y de vida ¿cuanto no crecerán al considerarlas con relación al número de causas exteriores que influyen en su desarrollo? La acción diversa de los climas y localidades, la de los alimentos y bebidas, la de las profesiones, la influencia de las instituciones religiosas y políticas ¿no esta-

Oblecen mayores diferencias entre los hom-
 bres de una misma edad ó temperamen-
 to? (Convenzamos pues, no puede ser un
 tipo ideal y genérico, y que en el arte de
 conservarla todo el problema es puramente
 individual, lo mismo que en el arte de
 restablecerla cuando se ha perdido. Los
 resultados generales á que se elevan tan-
 to la ciencia higienica como la patoló-
 gica, son efecto del raciocinio más que de
 la naturaleza misma de las cosas.

Hay, sin embargo, grandes ana-
 logias que notar entre los hombres, bien
 sea por la semejanza de su organiza-
 cion, bien por la paridad del periodo vi-
 tal en que se hallan, ó por la comunidad

de causas de modificación á que se ven es-
 puestos, y la ciencia que consignando estas
 analogías, deduce de ellas los preceptos del
 arte de conservar la salud en las varia-
 das categorías del género humano por el
 estudio de los accidentes que pueden alte-
 rarla, es ya una extensión de la higiene
 individual ó privada, es la higiene pú-
 blica que adquiere necesariamente más de-
 cado interés, cuanto más se difunden sus be-
 neficios en la sociedad

II

Empero una y otra higiene, tanto la
 de las masas como la de los individuos re-
 suelven el mismo problema; ambas tratan

de fijar para el hombre físico y moral, la especie y medida de actividad que son compatibles con el estado de salud; una y otra tienen por objeto final, el mayor bienestar de la especie humana. De aquí su inmensa importancia y su dificultad de todos conocida.

Para alcanzar tan alto fin, se ofrecen en la ciencia dos estudios que son los términos de sus investigaciones, el primero es el organismo del hombre con todas sus condiciones de existencia; el segundo es el de los agentes que modifican la organización, bien externos ó internos, bien físicos ó morales. La relación entre ambos términos existe, da por resultado las leyes

de la reaccion orgánica, es decir, los principios de la higiene; y los medios de regular esta accion constituyen las reglas del arte. Basta conocer el fin y los medios de la ciencia de que tratamos para formar un elevado concepto de su mérito e interés. Si para realizarla todavía, nos place adornarla con la brillante aureola de la antigüedad, pocos estudios hallaremos que se remontan más alto en la historia de los pueblos, puesto que sin dificultad puede asegurarse, que donde quiera que se haya formado sociedades humanas, allí se han prescrito reglas de bienestar y de conservacion.

III

La higiene como dice un sabio fran-

cis, ha sido espontánea e instintiva antes de ser científica y racional; y en la serie de los tiempos tiene por representantes legítimos al profeta, al legislador y al filósofo. El primero impone con autoridad lo que ha recibido de las luces superiores; representa el mundo al Estado con todas sus necesidades e intereses; y el tercero individuo aislado, se dirige á las inteligencias individuales y no ejerce en las masas otra acción que la de las mismas verdades que publica.

Moises, Licurgo e Hipócrates, son los tres padres de la higiene antigua, aquel invoca á Jehová; Licurgo á la patria y el docto médico de Cós á la

naturaleza, para propagar entre los hom-
 bres los preceptos de la salud. Verdad es
 que cada uno de ellos acomodó estos pre-
 ceptos al objeto especial que se había propues-
 to; pues si Moises trataba de crear una na-
 cion y queria Licurgo asegurar la defensa
 del Estado con la herencia de la virtud y
 de la fuerza. Hipócrates, aunque escribió ce-
 lebrando á fuer de ciudadano la Grecia
 libre á expensas del Asia enervada por un
 clima y un gobierno, no dexaba sino dar á
 cada individuo en una sociedad avanzada
 los medios de usar sanamente de todas las
 cosas que modifican el cuerpo humano. Por
 esta razon hablaba el profeta hebreo en
 nombre de Dios y amenazaba con las

imprecaciones; por esta razón mandaba Li-
 curgo como jefe del Estado e imponía car-
 gos á los contraventores de sus leyes; mien-
 tras Hipócrates, en nombre de la verdad,
 se dirigia á la razon humana, y le ofre-
 cia con la modesta forma de un consejo,
 las primeras reglas de la vida. Todos
 tres, cada uno en su esfera, alcanzaron
 el objeto de sus afanes estableciendo los fun-
 damentos de la higiene: y de las institucio-
 nes hebreas y espartanas asi como de los
 libros hipocraticos, especialmente de los her-
 mosos tratados de la Dieta, de los ai-
 res aguas y lugares, cuyas consecuen-
 cias supieron explicar tan magnifica-
 mente Aristoteles y Montesquieu; es un tra-

tado precioso y especial, que será siempre consultado con fruto por el higienista. En él se estudia la influencia protegémica de los vientos en la salubridad de las ciudades y de los edificios; se demuestra la importancia del acopio y buena calidad de las aguas; la frecuencia y el predominio de tales ó cuales enfermedades, segun los lugares, las estaciones y los climas; se procuran explicar, por las condiciones topográficas, las diferencias físicas y morales que presentan entre sí los habitantes de Europa y los del Asia, etc. Este libro y los varios que escribió sobre las epidemias, del regimen de los sueños, etc. traen origen los preceptos de conservar la

salud de los individuos y de las sociedades. Enasmítieronse por el pueblo romano á todas las regiones donde llegaban sus asombrosas conquistas, conservando y aun robusteciendo aquel espíritu materialista que dominara entre los gentiles; empero el cristianismo, que tanto influyó en la reforma y civilización de las sociedades humanas, dió nuevo empuje á la ciencia higienica imprimiéndole su carácter elevado y espiritual, y aplicándola por consecuencia más inmediatamente en beneficio de las clases menesterosas.

Las antiguas termas, los gimnasios y las palestras, cedieron su lugar á los hospicios y hospitales; y si algo perdió la

educacion finca y el regalo de las gentes acomodadas, gano muchisimo el bienestar de los indigentes con ser atendidos en su vejez y en sus enfermedades.

Con el renacimiento de las letras y de las ciencias despues de la edad media, siguió la higiene su carrera de ilustración á medida que se extendian sus estudios auxiliares; y regularizandose por otro lado el celo y caridad individual en manos de los gobiernos, se establecieron con el tiempo los benéficos institutos de sanidad y de policia urbana, que más ó menos autorizados segun las diferentes naciones del mundo civilizado, son los que actualmente resuelven las arduas cuestiones que tocan al bienestar de

los hombres.

IV

El rapido bosquejo que acabo de presentar de los pasos que ha dado la higiene en sus variados periodos de muestra á la par que su antigüedad la importancia é interés que esta ciencia ha inspirado al hombre en todos tiempos. El principio egoista de la comodidad individual incitó á estudiar las causas de la salud y dictó los medios para conservarla; mas ennoblecido aquel principio por el espíritu de sociedad y filantropía, por el genio de la caridad y de la religion, dió origen á la higiene pública, esto es,

á la ciencia que procura el bienestar de los pueblos. El desarrollo de tal doctrina y su práctica, no podía dejar de ejercer en las costumbres del hombre la más legítima influencia, y así nos lo confirman la tradición y la historia.

Las naciones antiguas, las vemos grandes y robustas á medida que siguen con perseverancia las reglas de la salud, y al paso que adquieren fuerza acrecientan su bienestar y felicidad. Todo el mundo se asombra de leer las rápidas conquistas de la Grecia, los triunfos de Roma, las victoriosas irrupciones de los pueblos del Norte en el Mediodía de nuestra Europa, la de los cruzados en Asia, y las de los árabes

en Oriente y Occidente; y dejando á un lado las causas religiosas ó políticas que pudieran motivarlas, debe atribuirse una gran parte de tan poderosos resultados á la superioridad física y moral que en todo tiempo mostraron los pueblos conquistadores por efecto de la mejor observancia de la higiene.

Comparese sinó la vida arreglada de los griegos con la afeminación y desórdenes de las naciones vecinas; la sencillez de las costumbres latinas, con la molición de los asiáticos; la severidad de los germanos y godos con el lujo y corrupción del vasto imperio de Roma en sus días de decadencia; el valor y

sobriedad de los musulmanes con la es-
 tragada conducta de los orientinos; obser-
 ven el contraste que presentan unos pueblos
 con otros en sus diferentes épocas, y se verá
 comprobado el influjo que constantemente
 han ejercido en las sociedades el orden
 en el vivir, la educación del cuerpo y del
 espíritu, el régimen de los alimentos y be-
 bidas, la moderación de las pasiones, en su-
 ma, el desarrollo de todas las condiciones que
 dan fuerza física á los órganos y energía al
 alma.

Si prescindieramos de las grandes con-
 mociones, de los graves trastornos políticos de los
 pueblos para penetrar en su situación inte-
 rior, se encontrará igual prueba del domi-

no que la ciencia higienica ha egercido en toda sociedad bien constituida.

V

Me falta tiempo para examinar detenidamente las leyes sanitarias del pueblo judaico, tan abilmente adecuadas á su posicion topografica y política, pero en el régimen alimenticio con sus prohibiciones, en la circuncision, en el secuestro, pantheon y cementerios, encontrariamos de seguro, motivos que nos pondrian de relieve ventajas y razones que nos obligarian á imitarles. Tambien quisiera demostrar la armoniosa relacion de las leyes higienicas de Esparta, con la idea que el Legislador se propuso de formar un pueblo

fuerte y temido por sus vecinos, leyes que si bien se las puede reconocer como severas en extremo, llevan á veces el sello de una feroz barbarie que repugna á la humanidad. Y si de su exámen pudiese pasar al de los preceptos del ilustre Hipócrates, se echaría de ver muy de lleno el contraste que debe existir entre un legislador que manda sin tolerar replica alguna, y un sábio, que viviendo entre gentes cultas, necesita dar razón de todo cuanto avanza: mas prescindiendo de tan curioso contraste, se encontrarían en los libros griegos las reglas que han servido para establecer despues las primeras indicaciones del arte de curar en todos los tiempos y naciones.

Finalmente, la historia higienica de los romanos, al iniciarnos en los secretos de su vasta administracion, nos daría quizá mejor idea de su grandera, que el mas sublime relato de las guerras y legislacion de aquel imperio colosal; pero no puedo, so pena de pecar de minucioso o de abusar de la bondad de un ilustre tribunal, detenerme en este periodo historico tan útil para la ciencia, si he de llegar á los tiempos modernos y aun al momento en que nos encontramos, que á la verdad, dan margen á las más graves reflexiones.

VI

En las sociedades modernas, el cris-

tianismo y la ciencia con un poderio, han cambiado totalmente el carácter de los movimientos políticos y sociales, y en ellas es donde se aprecia a mejor luz el influjo de la higiene. La civilización antigua era materialista y su objeto la perfección de la fuerza material. El cristianismo declara, por el contrario, la guerra al cuerpo, por considerarle enemigo del alma; combate los instintos y los apetitos de la materia organizada que sirve de cárcel pasajera al ser humano, y bajo esta base, la lucha eterna de los elementos de nuestra naturaleza, el combate de la vida moral y de la vida corporal, parecen un problema insoluble; pero al mismo tiempo, la ley cristiana suministra un ré-

gimen en armonia con su objeto espirital y al par que hace respetar la vida del individuo, enseña que bajo la cubierta del misero barro de la organizacion hay unas almas iguales por su origen, iguales por su destino, iguales por las prerrogativas a la inmortalidad. Si es, que la higiene moderna no habla a una raza ni a una nacion ni a una clase de individuos, habla a todos los pueblos en general, habla a la humanidad entera.

Apagada la sed de las conquistas con los principios humanitarios que del mismo se derivan, han podido los poderes pú-
blicos consagrarse mas decididamente a procurar el bienestar de los pueblos, y se con-

dados en su interés político y administrativo por la caridad y el celo de los particulares, alcanzaron las más rápidas mejoras encaminadas á tan laudable objeto.

Aunque el curso de la civilización nos ha separado más y más de la naturaleza, acarreando necesidades nuevas y de todo junto artificiales es tan grande el poder de la ciencia higienica, merced á los conocimientos auxiliares y al empeño ilustrado de los que se hallan al frente de la administración en las naciones cultas, que cada dia van desapareciendo las causas del mal-estar general. Por otra parte, no puede negarse la opusición que ofrece nuestro modo de vivir, si se mira con relacion á la higiene

por que apenas hay una práctica vulgar que no la contradigan sus preceptos. Alimentos, vestidos, diversiones, costumbres domesticas, obligaciones sociales, toda nuestra existencia actual es un perenne desafío á las reglas de la conservacion de la salud; parece que nos empeñamos en vivir á despecho de la ciencia y del arte. La moda nos oprime con sus caprichos continuados; el fraude falsea nuestros manjares alterando su sabor ó convirtiéndolos á veces en activos venenos. Las instituciones publicas de la antigüedad, aquellos espacios vastos al aire libre, las magnificas casas de baños y otros establecimientos que daban accion y descanso alternado á las fa-

cultades físicas y morales del pueblo, han sido remplazados por otros sistemas que anulan la vida pública ó la encierran en una pequeña esfera de estériles pasiones y de irritantes puerilidades. La población crece y se aglomera en las ciudades viciando su atmósfera y multiplicando los focos de infección en un espacio reducido; la industria, con sus prodigiosos adelantos, acrecienta igualmente las causas y los riesgos de enfermedad; por último, la vida intelectual de nuestras generaciones forzada á dilatarse en demasía con los progresos de la ciencia, enerva ó aniquila las fuerzas físicas y extiende más y más el vasto campo en donde se ceban las causas de la

muerte.

Es el momento higienico de nuestra sociedad, como dice con mucha energia un celebre escritor moderno y cuéntese que no importa para nada los trastornos políticos ni los cambios violentos de la fortuna, tan frecuentes en nuestros dias, y que tanto perjudican al apacible equilibrio de la salud.

Al observar semejante situacion, que pudiera llamarse lastimosa para la higiene deberia caer en el mayor desaliento el hombre pensador, sino tuviese presente un hecho que disipa hasta cierto punto el efecto de tan triste juramento.

Este hecho consolador y que impide echar de menos las sociedades antiguas, es el aumento progresivo de la longevidad humana. No deja de parecer chocante á primera vista este aserto, pues contradice las ideas generalmente recibidas acerca de la vida de nuestros antepasados: sin embargo, los datos inequívocos que la estadística manifiesta en la mayor parte de las naciones europeas, prueban hasta la evidencia, que se vive más en estos tiempos de perturbación física y moral, que en los célebres días de la civilización antigua; aunque los legisladores modernos no han fijado el número y calidad de nuestras comidas,

como hiciera Licurgo, ni piensan establecer el bárbaro precepto de dar muerte á los niños débiles ó enfermos, puede decirse con fundamento, que cada uno de los que vienen ahora al mundo, encierra en sí, más potencia vital que en la decantada época de las instituciones espartanas, de los atletas y gladiadores de los circos y las palestras, y que el número de los días que nos están contados ha crecido. ¿Y á quien se debe tan grande beneficio? A la higiene, que de individual y egoísta se ha hecho pública y filantrópica; que poco celosa de sumistrar al rico las comodidades que en todo hem-

no puede buscarse con desahogo, ha tratado de servir al pueblo en masa, procurando un vivir más arreglado y menos espuerto á las enfermedades y á la muerte.

Nuestros reglamentos de sanidad y de policía urbana, la limpieza de los lugares infectos, el método de ventilar los establecimientos públicos, el sistema de alcantarillado, el agua destinada á la limpieza; de los asilos de niños y de ancianos, la propagación de la vacuna, los hospitales, las casas de maternidad, de expositos y de dementes, las fuentes, los canales, los lavaderos públicos, los mercados con alimentos frescos al alcance de todas las fortunas, las vías de comunicación, etc; es-

tas son las causas de la mayor longevidad actual, las que han concurrido á mejorar la condicion del pueblo y aumentando las probabilidades de su vida. ¡Ojalá pudiera la higiene convertir sus consejos en ordenes irrevocables, cuando la diplomacia está perpleja entre la paz y la guerra, y las formar en aradoseros furiles que dan veinte disparos por minuto, por que así probablemente podría recoger al menos veinte espigas donde luego faltan hombres para sembrarlas!

VII

Una ciencia que tan poderoso influjo social ha ejercido en la vida fi-

rica y moral de las naciones; un estudio que tanto ha fomentado la civilización de la especie humana; un arte que tanto procura por el individuo como por las colectividades, merece realmente colocarse á grande altura, y es poco cuanto se diga en encomio de su necesidad é importancia. No debe, pues, parecer extraño que se recomiende la más lata instrucción y que se exijan los mas sólidos conocimientos en el que pretenda alcanzar cumplidamente sus principios y practicar con acierto sus deducciones. El buen higienista ha de hallarse, en primer lugar, muy versado en las ciencias naturales, por que la higiene estudia el modo de obrar de los

agentes exteriores en el hombre, y esto no puede conocerse sin averiguar cuáles son las referidas causas. El aire y el agua, el calor y la luz, la electricidad y el magnetismo, la naturaleza y la disposición del suelo, los fenómenos atmosféricos, el clima y las habitaciones, los vegetales y los animales, todo afecta de mil modos diferentes, y es indispensable estudiar la naturaleza de los agentes referidos para conocer su acción en la economía humana; ese conocimiento no se adquiere sino con el auxilio de la física, de la química, de la historia natural. Por otra parte, el higienista necesita poseer noción exacta de la

organizacion fisica y moral del hombre, del juego de sus organos, del movimiento de sus aparatos y del desempeño de sus funciones normales, pues seria vano el estudio de las causas si faltase el del ser que á quien afectan. La anatomia y la fisiologia son la base de la higiene y con ellas bien puede conocerse al hombre en su triple condicion fisica, intelectual y social; como ser fisico disputa de la vida comun á los animales cuyo mecanismo sostienen las funciones llamadas de nutricion y relacion; como ente espiritual, esta dotado de facultades intelectuales y afectivas; como ser social, vive expuesto á las influencias industriales



políticas y religiosas, que son por cierto las que más le avasallan y dominan. Por último, el higienista debe ser médico y no médico adocenado, sino práctico entendido, por que la historia de la enfermedad ilustra la de la salud; y como en la serie de acontecimientos de la vida humana suelen mezclarse los bienes con los males, es preciso conocer los límites de los unos para no caer en el extremo de los otros. De aquí, el paralelo constante en el campo de la ciencia higienica entre la salud con todas sus condiciones y garantías, y la enfermedad con sus causas, sus efectos y sus remedios: Muy bien puede sentarse que

el complemento de la medicina es la higiene: la etiología y la dietética lo confirman, pero no es menos cierto que esta auxilia á aquella sin cesar y que recíprocamente se apoyan para resolver los difíciles problemas de la salud y de la muerte.

El hombre, pues, que desea cultivar esta ciencia bienhechora con todo el lleno de conocimientos que para poseerla se requieren, ha de ser á la vez naturalista, anatómico, fisiólogo y médico; y uno contento con haber aprendido las reglas que pueden conservar la salud, se empeña en generalizarlas en proveyo de sus semejantes, esto es, elevarse al conocimiento

to y ejercicio de la higiene pública, debe en mi concepto estudiar además de las ciencias llamadas sociales, e iniciarse en la estadística, en la economía política, y en el difícil ramo de la administración. Con las luces que le suministren estos elevados estudios, podrá alcanzar el tino suficiente para los problemas que atañen no al hombre solo ó aislado, si no á la misma especie humana, á todos sus individuos reunidos constituyendo las sociedades.

Así concibo al higienista: tal me parece que debe ser su misión.

VIII

¿ Pero dónde y cómo ejercitarla?

¿ Dónde? La higiene que da reglas para conservar el bienestar físico y moral del individuo con relación a su edad, sexo y temperamento, con respecto al clima y lugar que habita y a la profesión que ejerce, extiende todos sus preceptos a las masas populares, en términos, que, sin mudar de naturaleza, sus cuestiones se hacen más trascendentales y benéficas en resultados. Las reglas sanitarias que se prescriben, por ejemplo, en la infancia y que tan fáciles son de aplicar en la educación privada

interesan y se complican estremadamente cuando se trata de acomodarlos á los grandes centros, á las ciudades, donde hay niños pobres y ricos, donde existen desgraciados expositos y desventurados huérfanos, donde ha de haber escuelas y gimnasios públicos.

Los preceptos higiénicos que demanda el hombre según el paraje que habita, y según su carrera y condición social, son mucho más importantes si se han de aplicar á las grandes poblaciones y ha de atenderse convenientemente á las fabricaciones insalubres, al acopio de alimentos y bebidas, á su falsificación, á la limpieza de las ca-

Nos, á la extraccion de inmundicias, al sistema de cárceles y establecimientos penales, al de los templos, cuarteles y hospitales. Imposible es apuntar todas las cuestiones que promueve uno solo de los principios que la higiene consigna, pues ademas de ser numerosas, son tan arduas y delicadas, chocanse en ella tan encontrados intereses que cada una basta para remover todos los elementos del saber humano; de aqui proviene la notable escasez de instituciones y reglamentos higienicos generales de aqui tambien que pueda decirse que la higiene pública está casi por hacer no solamente en España sino

en toda Europa.

¿No llama la atención que en Inglaterra y en Francia después de ocuparse mucho los médicos y los gobiernos de la cuestión del trabajo que los niños pueden y deben desempeñar en las fábricas y talleres y de formar los parlamentos leyes favorables al parecer á las infelices criaturas, no sea bastante poderosa la higiene para cortar de raíz los males que acarrean el trabajo excesivo en las organizaciones débiles y enfermas ó imperfectas? En Alemania, en la vecina Francia, aquí en España y en casi en toda la Europa, no ha llegado á ponerse en du-

da la eficacia de la vacuna como preservativo de la viruela, ¿no se ha difundido la alarma por todas partes y ¿ha tenido que intervenir la ciencia dando su voto sobre asunto tan importante para calmar la ansiedad general y aconsejar la revacunación? La conferencia internacional de Constantinopla ¿no fue preciso que se reuniese para estudiar y discutir los invasores estragos que hacia el cólera y apreciar las causas de sus aciagas irrupciones á Occidente para ver si podia impedirse su repetición por medio del secuestro, de la incomunicación, de las cuarentenas y lazaretos? En nuestro país? no

se promueven todos los dias dificultades que vencer y se plantean cuestiones que resolver, ya relativas á ciertos establecimientos higienicos, ya sobre las industrias cuyo ejercicio debe permitirse en el casco de las poblaciones, ya sobre el destino que debe darse á los cadáveres humanos, ya sobre el mejor modo de construir las poblaciones y los limites que deben ponerse á su extension, ya sobre los principios que deben servir de base á las leyes de enseñanza médica, y sobre la eficacia de los cordones sanitarios y la conveniencia de los lazaretos y cuarentenas, ya sobre epidemias, prostitucion, vacuna,

afilis sistema penitenciario acotamiento de tierras etc?

IX

Es positivo que á medida que los hombres de estado van tocando la poderosa influencia de la higiene en el bienestar de los pueblos, sienten la falta de conocimientos científicos en general y la necesidad por una parte de pedirlos á quien puede suministrar sus oportunas aplicaciones, y por otra de generalizarlos á las masas. Si esto es así ¿ que puede sobrevenir de la vulgarizacion de esta ciencia en los tiempos presentes? Para el médico obrar

en este sentido es el cumplimiento de
 su deber, y si la convicción general no
 confirmara esta apreciación la robuste-
 zcena con las propias palabras del
 sabio Cabanis: « No ha de ceñirse
 el higienista, dice dicho autor á
 dictar preceptos aplicables á las di-
 versas circunstancias en que puede
 verse cada hombre en particular, si-
 no que debe considerar á la espe-
 cie humana como un solo indivi-
 duo cuya educacion se le ha confia-
 do y cuya existencia indefinida per-
 mite encaminar más y más hacia
 un tipo perfecto. Para conseguir
 tan remota perfeccion, es preciso

tocar y apartar los males que afligen á las sociedades, y difundir los bienes de que actualmente disfrutan; promover en suma el desarrollo físico, intelectual y moral del genero humano inclinandole al bien y preservandole de todo daño sea cual fuere su naturaleza. »

Si esto pide la ciencia en su último resultado, ¿cual ha de ser el definitivo que alcance del conocimiento y práctica de la higiene? Sin duda que el concierto y la salud para la sociedad en general y con el concierto y la salud la destrucción de las preocupaciones peligrosas de que aun está sa-

turada; la abolición de prácticas absurdas
 y contrarias al sentido médico; la desa-
 parición de las peligrosas influencias que
 todavía ejercen en todas las clases las teo-
 rías erróneas; el conocimiento de las rela-
 ciones de la medicina con la civiliza-
 ción, y en una palabra, el libre acceso del
 pensamiento del médico en todas las cuestio-
 nes en que el legislador deba ser por el
 mismo ilustrado y asesorado para reali-
 zar el bien general.

El que alcance á resolver cumpli-
 damente tan difíciles problemas; el que a-
 demás de indicar el camino, lo ande has-
 ta el fin y se consagre por entero en ser-
 vicio de sus semejantes ¿no ha de mere-

cer un gratitud ? No será digno de acudir á los grandes consejos de un patria donde un voz sea oída y acatada en cuanto tenga relacion con la salud pública ?

Este es el lugar distinguido que merece y que necesariamente ha de ocupar en toda sociedad ilustrada el hombre sábio y benéfico que dedique sus desvelos al estudio de la ciencia filantrópica que ha dado materia á este discurso. En nuestra nacion desventurada, cuya administracion se presta á tantos y tan fáciles mejoras, es donde la luz se, y los que á un cultivo se consagren, pueden adquirir más prez en el cum

plimiento de sus sublimes obligaciones.

X

Estamos en un periodo de reformas y de transición; al poder, á las autoridades, á los representantes de la patria toca remover todo género de obstáculos y procurar cuanto antes que se consigan los beneficios que el arte promete á la sociedad.

La enseñanza y difusión de sus mismos preceptos es de primera necesidad en la época actual en que tanto se extiende la instrucción de todas las clases, y por ello nos parece merquino el lugar que hasta de aquí se había dado á la higiene en las escuelas.

periores como estudio auxiliar de la medicina. Debe profesarse por separado, y de manera que este como otras ciencias útiles al alcance de todos.

El planteamiento de cuantas instituciones se dirijan a mejorar la condición física y moral del pueblo es igualmente perentorio; y aunque semejante tarea parece a la verdad grande y difícil, nos lisonjamos que no excederá a las fuerzas de las autoridades y de los gobiernos mientras tengan celo e ilustración.

Construcción racional y seria de buenos Hospitales, mejora de las casas de espositos, aumento de las de baños, disposiciones administrativas para que estén al

nivel de todas las fortunas; asilos y escuelas capaces para niños de todas condiciones; ejercicios gimnásticos, establecimientos de caridad y de corrección, hospicios, hospitalidad domiciliaria, casas de socorro, institutos operarios, manicomios, sanatorios, reforma del sistema penitenciario y de la prostitución para evitar sus aciagas consecuencias; ventilación y limpieza de los sitios y lugares de reuniones públicas; alcantarillado; provisión reflexiva y calculada en las aguas potables de los pueblos, saneamiento del suelo, etc. etc. todas estas mejoras y otras igualmente importantes, están aguardando un genio que las dicte y una mano benéfica que las lleve á ejecución.

Aquel está en la ciencia y en sus representantes; la mano en la Administración pública celosa por el bien del país.

¡Feliz una y mil veces aquel que ponga la primera piedra de tan magnífico edificio!..... y más dichoso todavía el que le diere cima en honor de su propia gloria y en provecho de la humanidad.

XI

He concluido Excmo. Señor, la exposición histórica de mi discurso sobre la importancia y utilidad de la Higiene; y en justa obediencia al cánón literario y como resumen ó síntesis de mi

trabajo expondre' ordenadamente las si-
güientes

IX

Conclusiones

Primera. La Higiene es tan antigua como el hombre.

Segunda. La Historia de la Higiene acompaña constantemente a la historia de la humanidad y hasta cierto punto la historia de la civilización y del progreso.

Tercera. La importancia de la Higiene se demuestra al considerarla como una rama de las ciencias médicas y como ciencia social.

Cuarta. La Higiene como rama de las ciencias médicas está formada por un conjunto de nociones que derivan de todas

las ciencias medicas como son; la Fisiologia, la Anatomia, la Patologia, la Terapeutica etc etc mas las ciencias Fisico-Quimicas, las Naturales, Morales y Sociales.

Quinta. La Higiene como ciencia social procura por medio de leyes y disposiciones generales, aumentar el bienestar material e intelectual de los pueblos y naciones; prolonga en lo posible la vida; tiende hacer a esta todo lo más agradable y placentera; precave las enfermedades y los peligros de muerte, y en último término, podemos decir que es el angel tutelar de la Humanidad.

He cumplido ya con el precepto académico si bien con el temor de haber cansado la ilustrada atención de V. E. dignese, pues, permitirme un momento de reposo en ^{esta} dorada cima, meta suspirada de las dulcísimas ilusiones de la juventud.

La incorrecta disertación que se ha dignado oír V. E. sirve únicamente de enseña, de emblema, para penetrar en el inmenso anfiteatro de la ciencia médica y poder ser inscrito como el último de sus obreros.

La tradición escolar y el rito universitario, me otorgan la alta honra de estrechar con fraternal abrazo á mis emi-

nentes maestros; permitame V.E. que vuelva la vista á las aun no muy lejanas pero encantadoras dulcuras de la infancia, en busca de los brazos de mis queridísimos padres, que si en ellos aprendí á pronunciar la primera palabra en esta hermosa y rica habla castellana, creo que no me causará rubor, mandarle el amantísimo abrazo de mi filial cariño al concluir mis tareas académicas.

Permitirme también que salude con efusión y respeto á la Escuela de Collado, Piquer y Cacanillos, á esa Madre cariñosa que al abrirme las puertas de la sociedad y entregarnos un título honroso de Licenciado, nos señaló un rumbo y un camino, un más allá, para que ni menguar nuestras

aspiraciones viniésemos á beber en las puras y abundantes fuentes de este Colegio de San Carlos, región de la luna, donde parece que se reúnen las estrellas de primera magnitud en el cielo de la cuna patria, y donde venimos los errantes y desdallecidos peregrinos á recoger algunos de sus rayos que iluminando nuestra pobre inteligencia, se fijan en nuestra mente, y revelan fuera de aquí con nuestros recuerdos, nuestra altura científica, al par que nuestra pequenez; nuestra grandeza de sabios, y nuestros modestos y difíciles principios en la carrera del Magisterio.

Hemos venido aquí, en busca de ese hermoso diploma del Doctorado y solo conseguimos admirar vuestra sabiduría y ven-

dir homenaje á vuestra superioridad intelectual. Yo os lo ofrezco con lealtad y con respeto. Aceptad esta muestra de mi agradecimiento á vuestras enseñanzas, único voto que hoy os puede presentar el último de vuestros discípulos.

Concluyo Excmo Señor, consagrando un cariñoso recuerdo á mi abuelo el distinguido catedrático D.^r D. Agustín Morfe. El fue el que me inculcó la idea de mi profesión, y si no puede tener la dicha de que fuera mi maestro, he tenido la satisfacción de que haya sido mi querido padre; este me enseñará á no desmayar ante las dificultades de la práctica; este, incansable en el estudio, influirá en mi

ánimo la virtud de la perseverancia y amor al trabajo, y si á fuerza de atenta reflexion y de estudio, logro con un poderoso auxilio conocer algun hecho nuevo en la ciencia se veran realizadas todas mis esperanzas é ilusiones, debiendovs siempre á vosotros eterna gratitud



Madrid 2 Junio 1898

Agustín Ferrer y Costa

Admirable
A. Ferrer y
Costa

admirable à lecture

Ramon Jimenez

Admirable
Cajal

Realidad y ejercicio del grado de Doctor
por ensayo en Gurobado

Madrid 16 de Junio de 1898

El Presidente
Arnaldo Gimeno

El Secretario
Necun Jimeno

I. de un cajal

Luis Fedeartales

D. Agniedo

